

La invención del autismo

Analía Basualdo

analiabasualdo@yahoo.com.ar

Facultad de Psicología | UNLP

Resumen

La investigación sobre el autismo a partir de la enseñanza de Jacques Lacan, encuentran en las figuras de Jean-Claude Maleval y Eric Laurent una valoración imprescindible. La publicación en la década de 1990 de testimonios originales de autistas recibió en estos autores una revisión profunda y una lectura original de aquellos datos clínicos. La máquina-auto de Joey y la máquina de apretar de Temple Grandin constituyen los dos objetos autísticos más conocidos (Maleval 2011) y resultan nuestro insumo para relanzar la pregunta sobre su vigencia autocurativa. Esta búsqueda la haremos a partir del análisis de textos y la puntuación de dos recorridos clínicos. La revisión contempla repasar desarrollos teóricos sobre ejes específicos: la relación de los autistas con el cuerpo y la inclusión de los objetos “autísticos”, teorizaciones que han sido retomadas en la actualidad al poner en el centro de la cuestión al sujeto y su carácter activo en la conformación de los objetos.

Nos detendremos en revisar la vertiente de la invención autista a partir de distintas formas de ensamblarse con un objeto particularizado, modalidades que han sido plasmadas en las referencias biográficas de Temple Grandin y la observación que sobre el caso Joey ilustra Bruno Bettelheim (1981).

Palabras claves: autismo; objetos; invención; autocuración

Los progresos en la investigación sobre el autismo a partir de la enseñanza de Jacques Lacan encuentran en las figuras de Jean-Claude Maleval y Eric Laurent una valoración imprescindible. Si bien la clínica del autismo no resulta homogénea a la hora de analizar sus variadas presentaciones, hay en el campo del autismo un hallazgo clínico que da cuenta de las invenciones a las que acude el sujeto autista a la hora de componer una relación con su cuerpo (Miller, 2015). La publicación en la década de los '90 de testimonios originales de autistas, recibió en estos autores una revisión profunda y una lectura original de aquellos datos clínicos.

La maquina-auto de Joey y *la máquina de apretar* de Temple Grandin constituyen los dos objetos autísticos más conocidos (Maleval 2011), y resultan nuestro insumo para relanzar la pregunta sobre su vigencia autocurativa. Los artefactos creados por estos dos autistas interrogan la función pragmática que adquieren en cada caso y su valoración como efecto de borde, que hace las veces de cuerpo.

Esta búsqueda la haremos a partir del análisis de textos y la puntuación de dos recorridos clínicos. La revisión contempla repasar desarrollos teóricos sobre ejes específicos: la relación de los autistas con el cuerpo y la inclusión de los objetos "autísticos", teorizaciones que han sido retomadas en la actualidad al poner en el centro de la cuestión al sujeto y su carácter activo en la conformación de los objetos.

Nos detendremos en la vertiente de la invención autista a partir de distintas formas de ensamble con un objeto, modalidades que han sido plasmadas en las referencias biográficas de Temple Grandin y la precisa observación que sobre el caso Joey ilustra Bettelheim (1981).

Estado de situación

En el libro *La batalla del autismo*(2013), Eric Laurent señala que dada la ausencia del agujero que lo simbólico produce en lo real, no es posible para el autista construirse un cuerpo y un yo, tesis que se desprende de la noción de forclusión del agujero. Su enseñanza progresa al sostener en el autista el obstáculo para construir un borde topológico entre ambos registros -real y simbólico- y que, a "falta de un cuerpo", instala una "neo-barrera corporal", un tratamiento del borde, mediante la creación de un objeto autista.

Los trabajos de Jean-Claude Maleval (2011), completan la extensa formalización teórica, al poner el énfasis en un modo de funcionamiento autístico. Su apreciación exhaustiva al

examinar la lectura de las autobiografías de autistas de alto nivel, nos permite aprehender con nitidez su funcionamiento; el tratamiento del borde por medio de la creación de un objeto autista, de dobles o de islotes de competencia de acuerdo a su expresión.

Retomemos la característica principal del escenario autístico, al afirmar que éste carece de agujero y que tienen acceso a esa dimensión terrorífica en la que nada falta. Nada puede ser extraído para ser colocado en ese agujero, dado que éste no existe. La clarificación de Laurent resulta indispensable en la extensión del concepto de forclusión, para incluir el hecho de que, para los sujetos autistas, el retorno de goce no se produce sobre un borde, dado que no hay un borde en tanto zona fronteriza que delimite dicho agujero: “[...] En relación con este punto es importante señalar que: en su lugar hay un neo-borde porque constituye un límite casi corporal, infranqueable, mas allá del cual ningún contacto con el sujeto parece posible” (2013: 83).

La tentativa de trazar un borde es, a su vez, la de hacer un cuerpo capaz de regular ese goce nocivo. Pero ningún cuerpo podría tomar forma sin un objeto particular. Señalamos que en el autismo no hay alienación que aloje al sujeto en el Otro como condición de la separación para que produzca un objeto *a*. Objeto evacuado del Otro cuya extracción condiciona la fundación de un cuerpo, proceso que resulta imposible en el autismo (Monribot, 2012).

Entonces, ¿qué objeto pone en función el autista para darse una envoltura que haga las veces de cuerpo?

Del niño-máquina a la máquina del niño

Los aportes realizados durante los ‘60 y ‘70 inspirados en el marco del psicoanálisis inglés y americano, obtienen en la figura de Bruno Bettelheim (1981) un valor inobjetable al interrogar los presupuestos teóricos que organizaron la categoría clínica del autismo. La lectura que realiza Maleval (2011) sobre el autista de Bettelheim, reivindica su apreciación diferenciándolo particularmente de los extravíos de sus contemporáneos. El laborioso trabajo de Bettelheim en su obra *La fortaleza vacía*(1967), rápidamente obtiene repercusión en el escenario doctrinal de su época, por su variada presentación y su fino detalle clínico. Así presenta el autor la invención de Joey como el niño-máquina: “las condiciones de vida que llevaron a Joey a decidir ser un aparato mecánico en vez de una persona, comenzaron antes de su nacimiento” (1981: 304).

Desde una perspectiva psicógena, el autor instala en el problema de la causa la indiferencia materna, al subrayar la incapacidad en el Otro materno para verlo a Joey, en tanto que persona: “fue lisa y llanamente ignorado. Casi no recibía caricias de nadie, nadie lo acunó y nunca nadie jugó con él” (1981: 305).

A sus nueve años -y luego de un periplo por diversos centros asistenciales- Joey logra ingresar a la Escuela Ortogenética creada y dirigida por Bettelheim en Chicago (Estados Unidos). El niño conmovía por su fragilidad motora y su perplejidad al dirigir su mirada al vacío, era un niño carente de tonalidad humana e infantil, daba la impresión de funcionar como un control remoto,”movido por máquinas creadas por él” (1981: 307). El mismo autor nos señala:

Este niño-máquina sólo estaba con nosotros cuando funcionaba. Vivía en la calma más completa, mudo e inmóvil hasta que se volvía completamente loco corría en todas las direcciones y gritaba crack ¡! crack!! o “explosión” tirando violentamente una lámpara al piso. Tan pronto como el objeto se destrozaba o se extinguía el ruido, Joey moría con él. Volvía a su aparente no-existencia cuando la máquina explotaba y no quedaba movimiento ninguno, la vida se retiraba para dar paso a la angustia, el circuito se cortaba” (1981:298).

El objeto-máquina y un tratamiento con el cuerpo

La sensación que algo se vaciara de su cuerpo lo espantaba, por lo que organizaba una defensa radical para protegerse de las evacuaciones del cuerpo, dado que todas eran vivenciadas por Joey como una castración real (Maleval, 2011). Gritaba “explosión” en el momento en que la materia fecal abandonaba su cuerpo. El indecible temor era que su cuerpo -que era él mismo- tendiera a desaparecer junto con él, en sus deyecciones.

Las mismas máquinas que al inicio parecían teledirigirlo cobraron, a la postre, otra función. Su invención maquinística rezaba así; desenchufar la máquina desregulaba su goce y lo dejaba sin vida en su cuerpo. Debía entonces volver a enchufarse.

Cuando Joey es dado de alta, su cuerpo ya no funcionaba gracias a un dispositivo mecánico, sino que necesitaba algo más que un simple encender y apagarse. En efecto, años más tarde, visita a Bettelheim para mostrarle su diploma de electricista y la creación de otra máquina: un convertidor que cambiaba el vaivén de la corriente, de alterna a

continua. Su dispositivo parece inscribirse como uno de los objetos autísticos complejos mediante el cual consigue operar cierta regulación sobre el goce pulsional. Un goce inquietante, cuyo desorden es ahora, tal como señala Maleval, “alternado, es convertido, tal como el proceso de alternancia de la corriente eléctrica” (2011: 380)

Ese artefacto creado, este objeto inventado por el sujeto, constituyó lo que se llama “islotes de competencia”, como señala Maleval, que extiende y prolonga el efecto de borde al producir una consistencia corporal incrementada con un valor protector de cara al exterior. Joey se convierte en técnico electricista, una transformación que le permitió salir de su posición inicial autista de repliegue sobre sí mismo.

La relación que mantienen los sujetos autistas con los objetos resulta la clave a la hora de orientar nuestro abordaje. Ellas son diferentes modalidades de situarse respecto de ese objeto, revisión inseparable de la inclusión del sujeto.

La trampa para ganado

La biografía de Temple Grandin plasmada en *Atravesando las puertas del autismo*(1986), en un relato sazonado de imágenes y anécdotas, nos permite extraer la relación con su cuerpo, con los otros y con el lenguaje. Los primeros años de su vida dan testimonio de esas dificultosas relaciones. Las conductas típicas del autismo, al igual que en Joey, no se hicieron esperar; obsesionada por objetos que giran, su preferencia por la soledad, su escasa comunicación con el otro y una marcada sensibilidad a los ruidos y texturas (Grandin, 2013).

Esa incapacidad por tolerar los sonidos fuertes se acompañaba en ocasiones de pronunciados berrinches, con actitudes destructivas hacia objetos y una manipulación de sus excrementos difícil de moderar. Evitaba todo contacto con los otros y privilegiaba dos elementos en sus recuerdos infantiles: el oído y la piel. Parecía insensible a los estímulos externos y separaba en dos mundos su dificultad para armar lazo; “el mundo de la gente” a distancia de “mi mundo”, separación que le garantizaba cierta protección.

Eric Laurent (2011) en su desarrollo sobre el autismo revela que, de pequeña, Grandin tuvo la intuición de construirse una “maquina de bienestar” para regular sus estimulaciones excesivas, hasta sentir más tarde el deseo de construir un aparato que le procuraría bienestar mediante el contacto. Sus crisis de excitación son plasmadas en sus relatos con extremo detalle, al señalar que esas crisis la conducían a estados de desesperación, sin

comprender qué le pasaba, e incluso, sin entender que podía hacer para calmarse. A los siete años soñaba con un aparato mágico que ejerciera sobre su cuerpo una presión placentera, luego otro tipo de máquina; una caja semejante a un ataúd y, un año después, un traje inflable que presionara sobre su cuerpo, como los juguetes inflables que se usaban en la playa (Grandin, 2013). Soñaba con ser amada y abrazada, pero padecía y rechazaba defensivamente cualquier contacto corporal con personas.

Aquello con lo que fantaseaba en relación a la creación de una máquina, continuó a lo largo de los años. Imaginaba crear algo que contuviera su cuerpo, tal como un borde, algo que la tranquilizara. La no constitución estructural de ese borde, queda plasmado en esa imposibilidad de alojar el goce en el cuerpo y que, en el autismo, se expresa bajo la forma de crisis de excitación. Hipótesis planteada por Laurent (2011) que pareciera corroborar Grandin cuando escribe que, si hubiera tenido aquel aparato de pequeña, no hubiera padecido tantas crisis.

Hacia el final de sus estudios secundarios realizados con mucho esfuerzo y en soledad, acompañado por crisis de nervios y problemas de comportamiento, culmina con la realización de una “trampa de contención” para animales que observaba en la granja de su tía Ann y en los animales en los instantes previos a ser castrados, vacunados o marcados, veía “como la presión del contacto calmaba a los terneros” (Grandin, 1995: 108).

A sus 18 años construye una máquina que la estrecha, una máquina de abrazar para calmar su angustia, dándole curso a una preocupación infantil:

[...] pase horas, en la escuela, pensando en ese aparato milagroso en vez de estudiar. Solo empecé a estudiar cuando me di cuenta que los conocimientos eran necesarios para construir el aparato que me proporcionaría esos estímulos que me habían faltado en mi infancia (1995: 186).

Durante mucho tiempo usará esa máquina, hasta que decide años más tarde “dar abrazos a personas” y deja de servirse de ese artefacto.

Dos regímenes del objeto

La invención de ambos dispositivos, las máquinas, nos ofrecen de acuerdo a los autores mencionados, una tentativa topológica de trazar un borde para hacerse un cuerpo que regule el goce nocivo. Las elecciones y los usos de los objetos autísticos son variadas y esa versatilidad queda formulada en el desarrollo de los regímenes del objeto tal como lo

expresa Laurent (2011). Ellos pueden ser objetos extraídos del organismo (como las continuas burbujas de saliva que cita Tustin, junto a la retención de las heces), en ese lugar vemos el objeto como huella de lo vivo, en tanto se siente como una alteridad radical. Pero también puede tratarse de un objeto autista inventado como prolongación metonímica del organismo, donde ubicamos la máquina de Joey, que reviste en un primer momento la condición de ser un objeto autocentrado. En esta vertiente, situamos el objeto complejo de Grandin -con sus diferencias- ya que no resulta un doble de ella misma, tal como Joey lo ejemplifica, a pesar de tener su origen en un tratamiento del doble (Maleval, 2011). Temple Grandin captura un cuerpo, un cuerpo animal o bien el suyo. Esa máquina reguladora resulta una invención original a partir de la cual se organiza su existencia por derivación metonímica.

Guillermo Belaga (2007) señala que la ausencia de un cuerpo se reflejaba en Joey en la necesidad de cubrirlo con servilletas de papel para “quedar enchufado” a una conexión externa, ya que comer implicaba una absoluta desvitalización subjetiva. La fina observación de Bettelheim, nos permite considerar hoy que aquella cobertura de las servilletas resultaba un tratamiento sobre el cuerpo, “un modo de hacer borde” y de conquistar “una forma” para vestir ese cuerpo. Inicialmente, esa extracción bruta, puede alejarse del cuerpo ayudándose con un dispositivo que pueda ser atrapado en él. A medida que se aleja del cuerpo puede entrar en un intercambio, ser incluido entre otros objetos del vínculo social (Laurent 2011).

La máquina inventada por la autista americana de alto nivel, también da cuenta de esta transformación del objeto alejándolo del cuerpo. La *cattle chute* que Temple perfeccionaba día a día, preserva una relación fija con un objeto que adopta una forma y le da una forma al sujeto (Laurent 2011) Esta máquina se articulaba con su cuerpo, es encerrado en una horma que captura el cuerpo animal y el suyo. Y nos dirá: “me imaginaba en el lugar de una vaca (...) me identificaba en el lugar del animal” (2006: 200).

La evolución de los objetos

El detalle de la evolución de los objetos en Joey y Grandin siguiendo a Maleval (2011), permite advertir la relación transactivista que mantiene el autista con los objetos al lograr capitalizar una de las capacidades del objeto autístico complejo: el tratamiento subjetivo de

las pulsiones. Una función dinámica que sólo en ambos sujetos pudimos constatar vía esa capacidad para regular la energía vital.

Cuando Joey regresa de visita a la clínica, asiste muñado de dos objetos: su diploma de electricista y el *convertidor de corriente eléctrica*. Su objeto autístico complejo funciona como un doble protector ya que también contribuye a dar consistencia a la imagen del cuerpo y lo protege de la angustia. En *El autista y su voz*(2011) nos advierte que la construcción del Otro de síntesis no sólo es posible sino que favorece el tratamiento del mundo caótico del autista.

En esta dirección, ambos casos nos ilustran sobre la constitución de un Otro de síntesis cuya modalidad abierta ofrece mejores perspectivas para la socialización. El *auto-tratamiento* -construcción de dispositivos maquinísticos- orientó en ambos sujetos su elección profesional en una notable extensión de sus “islotos de competencia”, obteniendo un autovalimiento por medio de oficios que les permitió atemperar la realidad tempestuosa que los habitaba.

Bettelheim nos revela la experiencia y el recorrido de Joey considerado curado a todos los efectos prácticos, aunque conservando ciertas “extravagancias” en su personalidad: Joey había sido capaz de hacer frente a la vida y de poner orden en su mundo.

La invención de Grandin la convirtió en una especialista mundialmente reconocida en zootecnia al desarrollar un dispositivo que permite sostener y hacer entrar en corrales curvos y menos brutales a los animales. La contención en los cercados para ganado se extiende sobre el comportamiento y el desarrollo del sistema nervioso central de los animales, para concluir en el diseño de materiales que eviten el sufrimiento de las bestias. Ofrecerá conferencias para la transmisión de *un saber hacer* mas extensivo, quedando su centro de interés gobernado por su máquina, creación que permite, por medio de su máquina, lograr dominar su agresividad, aprender a sentirla y aceptar que demuestren afecto (Maleval, 2011). Con nitidez la orientación de Maleval nos indica que, para Grandin, el objeto *a* se encuentra incluido en un borde protector.

La inclusión de un objeto

Renovar el abordaje de estas cuestiones pone de relieve si acaso la clínica de Joey resulta un funcionamiento atípico o más bien se revela como solución autista ejemplar, tributaria del funcionamiento que le confiere el sujeto al objeto en la economía de goce. La inclusión

de un objeto contribuye a realizar un trazado del cuerpo que resulte un vehículo del trayecto pulsional no regulado y permita al sujeto construir un lazo que perfora así la muralla autista.

En ambos casos, los sujetos han hallado en las máquinas mucho más que un lugar para acoger su sufrimiento. Con este objeto-borde han tratado la castración en una dinámica que *encierra*, así como también *conecta-desconecta* el objeto *a* (Maleval, 2011).

En su incomparable diversidad, los objetos autísticos ofrecen un testimonio clínico de lo que Laurent (2013) considera “efectos de inclusión”, al lograr extraer estos objetos tan cercanos al cuerpo pero separándose de ellos. El estatuto del *objeto* entonces, en el marco de la invención autística, resulta de una composición de los restos que, de manera singular y en cada caso, el sujeto organiza como un circuito a partir de transformar el objeto, alejándolo del cuerpo.

Solo alejándose del cuerpo, el objeto-borde puede entrar en el intercambio, en el lazo social, incluirse entre otros objetos. La invención de Joey y la *Cattle chute*, realizan esa inclusión; la salida del repliegue sobre sí y la socialización. Las variaciones de la máquina-auto de Joey y la máquina de apretar de Grandin se revelan como una autoterapia de innegable eficacia, centradas en la construcción de objetos que persisten en la edad adulta. Invención que nos invita a interrogar el impacto que tiene el uso del borde en la dirección de la cura de sujetos autistas (Monribot, 2012) y el desafío de transformar el objeto, separándolo del cuerpo para officiar una transformación que vaya del *sin forma* a la *forma del objeto a* (Laurent, 2013). Lejos de pensar en un déficit, los casos nos ilustran cómo un niño autista puede hallar alivio cuando convierte sus límites en efectos de creación.

Referencias Bibliográficas

- Belaga, G. (2007). "Las psicosis infantiles: del 'autismo' a la psicotización". En *Virtualia*, 16 [en línea] Recuperado de <<https://goo.gl/5y23dV>>
- Bettelheim, B. (1981). *La fortaleza vacía*. Buenos Aires: Paidós.
- Grandin, T. y Scariano, M. (1986). *Atravesando las puertas del Autismo. Una historia de esperanza y recuperación*. Buenos Aires: Paidós.
- Grandin, T. (1995). *El Autismo y el Pensamiento Visual: su influencia en mi trabajo profesional* [en línea] Recuperado de <<https://goo.gl/XXXjrn>>
- _____ (2006). *Pensar con imágenes: mi vida con el autismo*, Alba 2006
- Laurent, E. (2011). "Los espectros autistas". En *El sentimiento delirante de la vida*. Buenos Aires: Colección Diva.
- _____ (2013). *La batalla del Autismo*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Maleval, J. (2011). Clínica del espectro del Autismo. En S. Tendlarz (comp). *Estudios sobre el Autismo I*. Buenos Aires: Colección Diva.
- Miller, J. (2015). *Todo el mundo es loco*. Buenos Aires: Paidós.
- Monribot, P (2012). *El Psicoanálisis. Dossier Autismo*. Buenos Aires. s/d.